

12/21/56

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios
Por la Facultad

Ernesto Malaccorto
Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo
Jacobo Wainer
Por la Facultad

Máximo J. Alemann
Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tarditi
Por el Centro de Estudiantes

Año XV

Diciembre 1927

Serie II N° 77

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Información Universitaria

José Ingenieros: Homenaje del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas en el segundo aniversario de su muerte.

El 31 de octubre se cumple el segundo aniversario de la muerte de José Ingenieros, cuya vida y obra revisten el carácter de un símbolo para la juventud, a la que dedicó sus más grandes creaciones, sus más altas y

nobles inspiraciones, y en la que puso toda su esperanza, la esperanza de un hombre de pensamiento y de acción que siempre creyó en el porvenir y tuvo el culto de la perfección.

Fué su más grande inspirador, guía y animador. Gran parte de la inquietud espiritual y del credo renovador que vincula a las juventudes de América tiene su fuente fecunda y generosa en Ingenieros, y los ideales que fecundizan su acción, han tenido en él al más brillante y claro intérprete, al mejor artífice y al primer soldado. Adoctrinó a las nuevas generaciones de la Argentina y América, les comunicó su gran pasión por la verdad y la justicia, que es la clave de su vida, y agitó, dejando en sus manos, las banderas del nacionalismo continental — lucha contra el imperialismo — y la justicia social, que son los dos esfuerzos con que las nuevas generaciones señalarán su paso por la historia.

Remarcando el aspecto fundamental de su obra, que lo perfila mejor y le da personalidad ejemplar: su prédica moral e idealista a la juventud, ejemplo de conciencia libre y de autoridad moral, que lo indica como un maestro, título que espontánea y legítimamente le había discernido la juventud de América Latina; en homenaje a su memoria ilustre y en ocasión del segundo aniversario de su muerte.

LA COMISION DIRECTIVA DEL CENTRO ESTUDIANTES DE CIENCIAS ECONOMICAS

Resuelve:

Colocar su retrato en la Sala de Estudiantes; denominar con su nombre a la biblioteca que actualmente se organiza con una tendencia esencialmente cultural y de orientación e información universitaria y estudiantil; organizar un acto público en el que se reseñe y recuerde su obra como propulsor de la cultura y orientador de la juventud (1); e imprimir, para difundir entre los estudiantes,

(1) El homenaje se realizó el 31 de octubre en el Salón de Actos de la Facultad de Ciencias Económicas, con la adhesión de la Federación Universitaria de Buenos Aires y diversos centros estudiantiles y asociaciones populares. Abrió el acto explicando el significado del homenaje, el presidente del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas, Fabio Lejarraga, y a continuación hablaron, el doctor Fernando Márquez Miranda, secretario de la Unión Latino-Americana, y el señor Juan Antonio Solari, cuyos discursos se publican a continuación.

su trabajo "La Universidad del Porvenir", valiosa contribución en la lucha por la Nueva Universidad, continuamente renovada, orientada y en armonía con las exigencias de los nuevos tiempos, el esfuerzo de la Reforma Universitaria, movimiento que Ingenieros saludó con viva simpatía y que en él tuvo uno de sus precursores.

DELFINO PEREZ,
Secretario

PABLO LEJARRAGA,
Presidente

LAS PROYECCIONES SOCIALES DEL PENSAMIENTO DE INGENIEROS

Discurso de Fernando Márquez Miranda.

Cúmplense dos años de la muerte de este gran maestro de la juventud, de este animador inimitable de toda tentativa levantada y noble. Y al cumplirse, aquellos que gozaron de su benéfica influencia, de su consejo desinteresado y de su ejemplo tonificador, sienten la necesidad de concentrarse en su recuerdo.

¡Extraña dualidad aquella que presidiera su vida! Nadie, como él, gozó de una tan enorme capacidad de trabajo, dándonos el fruto sazonado de sus treinta volúmenes, como si presintiera que habría de cumplirse su deseo de no alcanzar los años de la senectud implacable; y nadie, tampoco, acumuló en torno suyo a una más escogida legión de bohemios, como si sólo pensase en gozar de una vida hecha exclusivamente para ser gozada, sin la preocupación obsesionante de la obra a realizar ni el miraje alucinador de la gloria. Es de este ironista despiadado para los cultores de lo solemne, amigo y protector de Monteavaro y del Payo Roqué, de quien pudo decir el erudito Lacassagne, al presentarle elogiosamente a sus alumnos: "he aquí a un maestro que viene a enseñar a la edad en que otros comenzamos a aprender". Que la pujanza intelectual de Ingenieros le había creado un nombre, cuando apenas abandonara el aula escolar, y su reputación, siempre creciente, oscureció la fama de sus viejos maestros.

Si Ingenieros hubiese cometido la hipocresía de no llamar a las cosas por su nombre, si hubiese renunciado, en sus comienzos, a los hábitos implacables del "fumista", en él tan arraigados, hubiese ocupado, de seguro, el primer puesto, que le correspondía por derecho propio, entre los hombres representativos del país. Pero en esta solemne sociedad nuestra, en la que sólo se respeta a la opaca falange de los hombres graves sobre la que cae como un manto la rigidez inmutable del indígena, la risa franca, rabelasiana, de Ingenieros, que trasuntaba su lozana alegría de vivir, su exuberancia física y mental, cobró la irritante entonación de un desafío. Fué así como vió formarse en contra suya esa vasta conjuración de los mediocres, tácitamente congregados en horda rumberante, como si adivinasen, en un atisbo de inteligencia, al enemigo que había de reducirlos al anónimo del que pugnaban por salir. Ellos fueron los que cultivaron, con el apasionamiento que prestaba a sus actos esta necesidad vital, la reputación de extraviado, mezcla de cínico y de loco, que muchos de los que jamás leyeron a Ingenieros se creyeron en el deber de sostener. Bien es verdad que el maestro a quien no preocupaba — y antes bien divertía esta exacerbación de la calumnia interesada — no omitía exabruptos ni limitaba bromas. Así creaba personajes imaginarios, como el poeta decadentista Simel, cuyos versos se reproducían en todas las revistejas literarias de América, o como algunos de los regocijados articulistas de la "Revista de Filosofía". De esta manera, al propio tiempo que se olvidaba de las graves preocupaciones científicas, daba salida a la super-producción de su pluma bien cortada. No le bastaba su propia personalidad proteiforme — psicólogo y criminalista, historiador y psiquiatra, sociólogo y educador — sino

que necesitaba, también, crearse personalidades ficticias que ratificasen con el gesto jocundo lo que él afirmara en actitud de meditación.

A espaldas de toda ayuda gubernamental — con la misma forma de solitario esfuerzo que creó a la biblioteca de "La Cultura Argentina" — su prestigio inicial fué creciendo. Atrás habfan quedado ya sus prédicas de revolucionario, que culminaron en el famoso desafío polémico de Magdalena y sus "boutades" de estudiante, que se coronaron con la dedicatoria irónica de su tesis al portero de la Facultad, bajo el patrocinio sonriente de Eduardo Wilde; la fundación de la primera "Syringa", la de Buenos Aires, con el animado grupo de sus varios "pentarcas", y el fraternal afecto con Florencio Sánchez. Avescindábase el período en que la nombradía inicial había de trocarse en reputación definitiva. Y el representante argentino en el Congreso Científico de Montevideo, pudo preguntar con su clasificación de los delinquentes y sus consideraciones acerca del determinismo económico en el desenvolvimiento de los pueblos americanos, los éxitos más ruidosos que obtuviera, cuatro años más tarde, al presidir, con Lombroso, Ferri y Sommer, el Quinto Congreso de Psicología, de Roma. Acaso otra cabeza menos firme hubiese sufrido con esta consagración máxima, en plena juventud, un mareo al menos pasajero. Ingenieros, idéntico a sí mismo, continúa, en París, el vagabundaje bohemio de las noches y el trabajo febril de los días, descansando del uno en el otro, como si su cuerpo no conociese la fatiga. Y las alturas de Montmartre sirvieron de marco a la segunda "Syringa", no menos ruidosa y festiva que su predecesora la porteña. Pero, al propio tiempo, su mesa de trabajo, colmada de volúmenes, tuvo asentadas sobre sí a las cuartillas en las que encerraba sus colaboraciones a las más conocidas revistas mundiales y los originales de alguna conferencia, en la Sorbona, ante el más preparado de los públicos.

Breve había de ser el retorno, que efectuara en son de triunfo. Primer director del Instituto de Criminología instalado en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, fundador de la Sociedad de Psicología, presidente de la Sociedad Médica, en todas partes desenvuelve su proteiforme actividad. Pero, quizás, el más honroso de sus títulos de entonces, es haberse desterrado voluntariamente "para ampliar su cultura científica y filosófica", al ver desconocidos sus méritos por el primer funcionario de la Nación.

A su vuelta a la patria — a esa patria a la cual recordara alguna vez en París, con los ojos humedecidos de súbita emoción— se hizo efectiva la conspiración del silencio. Aquí, en nuestro país, donde cualquier inepto obtiene una nota en "Vida Social", o un artículo en primera página comentando las ideas que no tiene, un solo diario anunció la llegada de Ingenieros. Es que su gesto altivo — que debemos agradecerle todos los que nos interesamos por el prestigio moral del profesorado — al lanzar su renuncia de profesor de Psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras, al presidente de la República, que inopinadamente le negaba el nombramiento de profesor titular de Medicina Legal, para el que había sido propuesto, constituía una manifestación de rectitud tal de carácter que era, por sí sola, una severa lección y un manifiesto reproche a todos los inmorales y a todos los claudicantes.

Porque, nunca se repetirá bastante, han de equivocarse los que sólo ven en Ingenieros el burlón siempre dispuesto a la chanza, o el trabajador continuamente inclinado sobre el libro. Aparte de estos aspectos de su personalidad siempre cambiante, caras de un prisma alucinador, había en Ingenieros el maestro de la conducta austera. Era como deseaba que fueran sus amigos, aquellos a quienes su espíritu era adicto: firmes, casi estoicos, forjados de una sola pieza. Sin que ello impidiese que también los débiles — Florencio Sánchez, Monteavaro — encontrasen un puesto cerca suyo, protegidos por un caluroso afecto cordial.

Porque, no sólo importaba a Ingenieros el conocimiento de los libros. Seco es el corazón de los hombres que sólo conocen a la vida a través de las teorías librescas, vagas formas indecisas a

las que desvanece la realidad. Este interés por los hechos vitales y por los hombres en su condición gregaria de humanidad, este afán social que restablecía la noble tradición echeverriana, es cosa que caracteriza a la generación que comienza a actuar con el siglo, a la generación que Ingenieros presidiera. Si unimos esta inquietud por lo vital, a su preocupación permanente de no envejecer, advertiremos cómo el maestro alerta ha podido concentrar su atención en dos fenómenos sociales de primera magnitud: la Revolución Rusa y el imperialismo norteamericano. Para ambos tuvo, cuando el momento fué llegado, el discurso profundo y meditado, en el que la belleza del conjunto, antes que en el descolorido penacho retórico, está en la precisión del término insustituible y en el rigor lógico que coordina las frases.

Para los que nos engañamos honradamente, en nuestro fervor de los veinte años, con la mentira aliada de "la guerra por el derecho", pregonada por todos los interesados voceros del capitalismo en crisis, la Revolución Rusa fué el advenimiento mágico de una humanidad nueva, la realización por el dolor de una gran esperanza. Sin embargo, la propaganda interesada de la prensa plutócrata, la desconfianza respecto a la verdadera finalidad del movimiento, su magnitud gigantesca, y la contemporaneidad, la falta de perspectiva histórica con relación a los sucesos, eran motivos más que suficientes para desorientar a gran parte de la juventud y del proletariado, que se esforzaba por comprender. Los demás — los que no eran lo suficientemente jóvenes como para anhelar una mayor perfectibilidad en las cosas humanas, o no sufrían al sentir gravitar sobre sus espaldas el peso de una organización encaminada a degradarlos — adquirirían todas las mañanas y todas las tardes, por una mísera suma, las ideas que se les suministraban ya hechas, listas para ser asimiladas por mentes deshabituadas de la molesta función de pensar. Fué Ingenieros — ¿quién mejor que él hubiera podido serlo? — el hombre que alzó la voz para acusar y para dirigir. En su memorable discurso del teatro Nuevo — hermoso título para el escenario desde el que se iba a proclamar una nueva ideología — Ingenieros sostuvo brillantemente la significación profunda de la Revolución Rusa, considerándola como la promesa del advenimiento de una mejor justicia social.

Cuatro años más tarde, ante un problema de igual trascendencia, nos llegó de labios del maestro la palabra insustituible. Estados Unidos, trasladando a Europa, durante la gran guerra, la política de concesión de créditos, que tan proficuos frutos le había dado en América, se había convertido en el Gran Acreedor mundial. Esto le aseguraba una omnipotencia sin contralor, que hacía peligrar a las jóvenes nacionalidades hispano-americanas. En realidad, este peligro no era nuevo. Bajo el manto hipócrata de protección fraternal, a que la equívoca "doctrina" de Monroe se prestaba, Estados Unidos había mantenido, desde fines del siglo XIX, una política de expansión imperialista de características cada vez más violentas. Una tras otra, Cuba, Colombia, Nicaragua, Méjico, Haití, Puerto Rico, Santo Domingo, sufrían los vejámenes a que su debilidad les condenaba. Ya era, en Cuba, la vergonzosa Enmienda Platt que coartaba su independencia; ya, en Colombia, el desmembramiento de su territorio para formar la sumisa República de Panamá, o en Nicaragua el pupilaje necesario para el desarrollo de la flota norteamericana. Méjico, el esforzado país que ha revolucionado las instituciones de América, con su gobierno progresista, no escapó, tampoco a las intenciones de la plutocracia yankee. Avidos de sus riquezas petrolíferas, los capitalistas norteamericanos mantienen, por el periódico y el cine, una activa campaña de difamación, sin abandonar, tampoco, las vías de hecho. Y si esto ocurre con una de las primeras naciones del Continente, ¿qué no ocurrirá con el resto de las pequeñas repúblicas agrupadas en el "Mar Americano" de las Antillas?...

En este sentido, nada más trágicamente aleccionador que lo ocurrido recientemente en Nicaragua. Contrariamente a todas las normas de conducta internacional, a todos los dictados de la moral

pública, Nicaragua ha sido sojuzgada por las fuerzas armadas de la Casa Blanca, que proyecta su sombra, cada vez más negra, sobre todo el Continente Latino-Americano.

Tras la violación, el escarnio. Tal es siempre la ruta de la injusticia. Y es en balde lamentar como mujeres lo que no se pudo defender como hombres. Sin embargo, apresurémonos a decirlo, el agravio reiterado y conciente no tiene, en este caso, justificativo posible. ¡Qué pudiera hacerse en el terreno de la lucha armada contra el coloso de acero que holla el territorio nacional!... Sólo resta conservar, oculto en el fondo de los corazones — como el aroma en el claustro de los vasos litúrgicos — la ardiente apetencia de la libertad. Día vendrá, quizás no tan lejano como parece indicarlo el insolente descarado del triunfador, en que el pueblo redimido sepa respetar a los hermanos, y que en la fraternidad de los hombres libres se alce por encima de todas las bajas acechanzas.

En tanto, el viril pueblo de Nicaragua, víctima inocente y lejana de una organización capitalista llevada a su más extremo rigor de explotación, se ve extranjero en su propio suelo y extraño en su propio hogar. Tal es la suerte de los débiles, bajo un régimen que erige a la fuerza en fundamento del derecho, y concede a las naciones tanta soberanía como la que aparejan sus bélicos arreos.

Naturalmente, esto supone el abandono de la máscara puritana y dulzona, que el falso evangelismo de los banqueros había impuesto a la diplomacia dorada de Washington. Significa la apelación suprema a la "política del garrote", preconizada por Roosevelt, el cambio de la sonrisa fría y de la reverencia imperturbable por el gesto terminante y la voz de mando. Herederos, en el Nuevo Mundo, del orgullo — y del cant — inglés, los yanquis han resuelto llevar hasta el fin esa su misión de "pueblo elegido". Y el orgullo — y la codicia — les arrastra, aunque con el necesario abandono del cant.

Es asombroso, en todo esto, la absoluta inconciencia, el completo desdén, que caracteriza este cambio en la política exterior norteamericana. Es eso, mezcla de inconciencia y de desdén, de codicia desenfrenada y de orgullo enceguecedor. Codicia de los bienes materiales que la Naturaleza parece haber brindado a los hombres del trópico para perderlos, y orgullo de "trustificadores" que ignoran el valer de otros valores.

Esta lección que ofrece la acción de los Estados Unidos en Nicaragua, han de aprovecharla las otras naciones de América Latina, más o menos amenazadas por la creciente rapacidad del invasor. Y han de saber, desde luego, que el enemigo de fuera es siempre menos peligroso, cuando se han logrado conjurar a los traidores de adentro. El caso de Adolfo Díaz — lo tengo ya dicho con la crudeza que merece su ruindad — es sintomático a ese respecto. No hubiese sido posible la pérdida de la soberanía nacional, si ese aventurero — a sueldo de los Estados Unidos, como en los días no lejanos del comienzo de su carrera de "condottiero" — no la hubiese entregado, atada de pies y manos, suministrando el pretexto "legal" de la invasión.

No hay calificativos para el gobernante amoral, cuya recompensa a los que escarnecen a su patria, consiste en la contratación de empréstitos que la reducen a la condición subalterna de colonia, y que, reconociendo su impotencia, consuma la pérdida de su valor moral y de su dignidad ciudadana, permitiendo un desarme que convierte a todo el territorio nacional en una sola "zona neutral", regentada desde la Casa Blanca.

La permanencia de la marinería de desembarco por un plazo indeterminado, el desarme y la correlativa creación de una policía yanqui por sus jefes y por sus sentimientos, la entrega del control electoral, la ratificación de las concesiones con vistas a un mayor poderío militar norteamericano, y tantas otras medidas adoptadas, de común acuerdo entre el invasor y el detentador de las insignias del gobierno, suponen el enfeudamiento, quizás permanente de Nicaragua. Feudo, no Estado de la Unión. Vasallo no igual al habi-

tante yanqui, que sino el Ku-Klux-Klan protestaría, en nombre de la pureza de la raza!...

Ya los extranjeros recorren las dulces campiñas que Rubén Darío contempló cuando niño. Ya se conducen en ellas como en país conquistado. Comienzan a llegarnos las noticias de sus primeros crímenes, siempre cometidos en defensa propia. Creen, los hombres de ojos azules y mirar severo, que sólo la violencia ha de domar la altivez de los que no se resignan al duro vasallaje. Puede que tengan razón. En tanto, la paz reina en Nicaragua.

La política de la Unión es solapada y astuta. Comienza por comprometer el crédito de cada país, ofreciéndole — o imponiendo — empréstitos ruinosos que le obligan a hipotecar el honor nacional. Obtenida la administración de las aduanas, o de los ferrocarriles, las tropas de desembarco no tardan en consumir la obra que comenzaron los banqueros de Wall-Street, bajo el fácil pretexto de una conmoción interior que ellos mismos se encargan de provocar. Tampoco es la lejanía territorial salvaguardia suficiente contra tales avances expansivos. El capitalismo imperialista, en su lucha incesante por el predominio mundial sobre la producción del petróleo, en su conquista tenaz de los mercados de producción y de consumo, no se para en lejanías kilométricas. El afán de riquezas y de dominio, son superiores a toda consideración que no estribe en la fuerza. Es necesario, pues, proclama Ingenieros, antes que nada la unión de todos los pueblos de la América Latina, emplazados, en términos variables, a una suerte común. Y, como consecuencia de esta unión imprescindible, el desarrollo de las fuerzas morales, ya que sólo ellas podrán torcer un porvenir de otra manera ineluctable.

La voz de Ingenieros, aquella cálida voz que se alzara, al parecer, tan sólo en honor de Vasconcelos y que resonaba sobre la mesa circuida por jóvenes entusiastas, había de encontrar ecos propicios en todo el ámbito de la América española. Desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, los pueblos latinos comprendieron la inminencia del peligro y la enormidad de la catástrofe. Jamás, como en esa hora, el pensamiento de Ingenieros logró una envergadura continental. Si en el momento en que nos orientaba acerca del fenómeno social de la nueva Rusia, su nombre fué bandera de una "élite" intelectual de hombres sedientos de renovación, en el instante de su profecía latino-americanista, fué la encarnación viva del pensamiento angustioso y tenaz de veinte repúblicas. Por eso, cuando al alerta vibrante substituyó la llamada de concentración, los intelectuales más representativos de la nueva generación argentina se reunieron en "Nosotros" — la noble revista porteña — para subscribir el acta de constitución de un organismo nuevo: "la Unión Latino-Americana". Hoy, la columna en marcha se ha aumentado. La unión latino-americana es algo más que un organismo, por perfecto que él fuere, y por más que organizaciones similares hayan sido fundadas en Bolivia y el Uruguay, por camaradas universitarios. Es la aspiración que une a todos los pueblos hispánicos de América. Gritada en la contadas regiones donde el pensamiento libre es señor de las mentes, murmurada en donde la turbia conjuración de tiranos, bufones y lacayos, sofoca los más puros anhelos nacionales, la unión latino-americana es una realidad immanente que todos pugnamos por ver realizada. Y esta conciencia social que se ha plasmado, es a Ingenieros, en primer término a quien se le debe — sin olvidar a oportunos precursores — ya que supo encauzarla y darle forma desde las vibrantes columnas de "Renovación".

De aquí unos años, cuando al propio tiempo que el imperialismo yankee oprima cada vez más fuertemente al resto de América con los poderosos tentáculos de sus "trusts", la natural superación que traerá el progreso de las ciencias haga inactuales las soluciones provisionales elaboradas por Ingenieros, su nombre subsistirá por las proyecciones sociales que haya suscitado. Entonces no se recordará al psiquiatra eminente, ni al criminólogo erudito.

El brillo del autor de la "Psicología Biológica" habrá quizás disminuído y más completos estudios documentales pondrán en descubierto las fallas ocultas de su información histórica; pero, al propio tiempo, los pueblos de la América libre sabrán venerar el nombre de quien les mostró entre el fulgor de las hogueras rusas la aparición de una más perfecta justicia social y del vigía alerta que les advirtió a tiempo del escondido escollo que pudo hacer zozobrar su libertad.

Al cumplirse un año de su muerte, un grupo de los que fueron sus amigos ha erigido en su honor un modesto monumento. De esperar el tardío reconocimiento de los gobiernos, quizás hubiese ocurrido con Ingenieros — y por razones semejantes — lo que ha ocurrido con otro héroe civil, con Rivadavia. Pero esto no basta. El culto de la memoria del gran maestro no es, no debe ser, patrimonio de un grupo de amigos. A espaldas de lo oficial, como a él le gustaba hacer las cosas, es a los estudiantes y a los obreros a quienes compete la realización del monumento nacional que se merece. De los obreros que tanto le deben, sin acaso saberlo; de los estudiantes, para quienes fuera lo mejor de sí mismo...

Luego, periódicamente, todos los años, la fecha de su muerte debe dar motivo a reuniones estudiantiles y proletarias en toda América. No se trata, tan sólo, de renovar expresiones de dolor que el tiempo, inexorablemente, se encargará de ir mecanizando. Al amparo de su recuerdo, deberán agitarse ideas, debatirse propósitos y acontecimientos actuales, como se hubiera hecho con él, de contar con su actividad inagotable. El nombre de Ingenieros — pregonado por todas las juventudes progresistas — será, entonces, sinónimo de renovación.

LA ACCION SOCIAL DE INGENIEROS

Discurso de Juan Antonio Solari.

El mismo silencio cobarde que pesara sobre el sabio de "Filenia", cuya ciencia de investigador y de estudioso hizo luz en las sombras de la leyenda y del dogma, ahuyentando los buhos sepulcrales; la misma cerrada negativa de los incapaces que encontrara a su paso el gran poeta de "La sombra de la patria", bronceína voz de profeta y de apóstol que cantó, como ninguno, las ansias y los dolores del pueblo; la misma sonrisa de los suficientes y los satisfechos que intentara menospreciar al maestro ejemplar de "South América", pretende ahora silenciar, negar y menospreciar la obra vasta y fecunda de José Ingenieros.

Hacen bien, pues, los estudiantes de esta casa en recordarlo, que ha de ser patrimonio de la juventud, frente a los ídolos de barro, mantener viva la enseñanza de los hombres que marcaron rumbos y fueron soldados de la ciencia y la justicia. Ameghino, Almagro, Agustín Alvarez ayer, como hoy Ingenieros, ofrecen a las nuevas generaciones motivos de activa admiración, que incita a la lucha y al trabajo y abre luminosos horizontes para la acción individual y colectiva.

No cuentan ellos, es cierto, en los anales de la historia oficial, cargada de baratas charreteras militares, ni sirven de tema a los devaneos más o menos literarios o científicos de catedráticos desocupados; pero han dejado huella imborrable en la vida intelectual y moral de la república, en la cultura y la civilización

del pueblo, y esto vale más, muchísimo más, al decir de Sarmiento, "que ser juez de paz de una aldea o presidente de la nación por seis años".

En las jóvenes e incipientes democracias americanas, sobre todo en las de origen hispano, es común comprobar el entronizamiento y nombradía de valores relativos cuando no ficticios, productos naturales de ambientes de ignorancia y de caciquismo electoralista que surgen y se imponen al calor de mezquinos intereses creados y de los más rutinarios conceptos. Son ellos, que se cotizan tan alto en la feria de la gauchoeracia y de la patriotería, los que han querido orientar al pueblo y ser guías de la juventud desde la tribuna pública, en las esferas del gobierno y en las aulas universitarias, como si el país fuera su propia estancia y los ciudadanos sus peones hambrientos y mal pagados.

Al aparecer hombres nuevos, de libre mentalidad, educados y aleccionados por la realidad social, dispuestos a utilizar la ciencia como un instrumento de liberación y no a mercantizarla en provecho propio o de los amigos, empeñados en la histórica tarea de elevar el nivel de vida de las clases productoras, con una clara visión de los destinos humanos, han debido librar dura lucha contra los acomodaticios, los incapaces y los aventureros defendidos y sostenidos por las más regresivas y oscuras fuerzas sociales, analizadas en "El hombre mediocre" y en "Sociología argentina".

Ciudadanos: Ingenieros, como tantos otros antes que él, debió librar esa lucha, y a fe que lo hizo con singular entereza y con armas de aguerrido combatiente. Trabajó, con pasión pocas veces igualada, desde las horas iniciales de su juventud radiante y promisoriosa hasta las de su temprana muerte; estudió y sembró, sembró y estudió sin descanso, con amor de artista del Renacimiento y coraje de guerrero espartano, para dejarnos, en casi treinta libros, sin contar su copiosa producción en diarios y revistas, la obra admirable de un tesonero trabajador intelectual que honra a la Argentina y al mundo.

No deseo hacer su biografía ni entrar al estudio de sus libros y de su labor como psiquiatra y criminólogo, de sus trabajos de psicología y sociología, de sus ensayos morales y filosóficos. Es tarea que escapa al límite de un acto como este y que se ha realizado ya, con amplitud e inteligencia, entre otros, por Aníbal Ponce, Mercante, Julio Endara, Bermann, Orzabal Quintana.

Quiero, sí, destacar, con sus mismas palabras, en toda su pureza, en su intachable conducta, en su consecuencia firme y esencial hacia las ideas renovadoras y justicieras, el ejemplo de su vida y de su obra.

Ocupo esta tribuna, no para referirme al investigador, al hombre de ciencia que, joven aún, presidía, en Roma, un congreso de psicología y a quien Lacassagne, al ofrecerle su cátedra, presentaba así, frente a sus alumnos: "He aquí a un maestro que viene a enseñar a la edad en que nosotros comenzamos a aprender", sino para señalar, en mi carácter de ciudadano argentino que brega por el afianzamiento de una democracia de verdad, cuánto le debemos a Ingenieros y cómo fué siempre digno del respeto y de la admiración de la juventud, porque a él no se le puede aplicar el apotegma de Guyau: su pensamiento y su acción se confunden armónicamente en una existencia sin dobleces y sin debilidades. Se observa en Ingenieros, como hace notar Martínez Cuitiño, "una firme coherencia entre los postulados de su saber, las orientaciones de su prédica y su acción de hombre en las justas del progreso social".

Aun en sus inevitables errores, él tuvo siempre el valor cívico y el sentimiento de justicia que tantas veces ha faltado a quienes, en nuestro país, querían erigirse en maestros de la juventud y en directores del pueblo.

Del grupo entusiasta y vehemente que en 1894 echó las bases del "Centro Socialista Universitario"; de los que, tres años después, fundaron "La Montaña", no todos, por desgracia, marcharon por la ruta emprendida entonces y los más fogosos y avanzados de de aquella hora viven, mansamente, a la sombra del frondoso árbol del presupuesto... Ingenieros, que era, a la sazón, un muchacho de diez y ocho años, fué siempre, espiritual e ideológicamente el mismo de esos días turbulentos y apasionados y, para decirlo con sus propias palabras, aquella aurora no se trocó jamás en apagamiento de crepúsculo... La misma soñadora inquietud, el hondo anhelo de perfeccionamiento, el noble e invencible idealismo optimista y batallador de sus horas juveniles resplandecen en él hasta el día mismo de su muerte.

El propagandista de Tolosa y Magdalena, que, en plena misa, disputa al cura su púlpito para exponer las ideas socialistas ante el estupor y las protestas de beatas y feligreses; el activo militante del viejo centro de la tercera y el conferencista de la plaza Herrera y de la "Escuela libre para trabajadores"; el muchacho estudiante que se recibe de médico a los veintitrés años y dedica su tesis "La simulación de la locura", cuyo patrocinio confiara a Eduardo Wilde, "al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad"; el escritor de estilo brillante y seguro, claro y armonioso a la vez, que ayudara a Monteavaro y Florencio Sánchez; el hombre de la clásica levita gris, de los altos cuellos y de la actividad asombrosa, jovial y expansivo, con alma diáfana de niño y mentalidad robusta de estudioso, fué siempre el mismo y supo mantenerse moral e intelectualmente joven, sin las claudicaciones y las mezquindades que ensombrecen tantas vidas útiles y capaces. Y él, que estuvo en todo momento en la vanguardia de su generación, como lo dice en las líneas con que inicia "Las fuerzas morales", tuvo "la dicha de morir antes de envejecer"...

No basta escribir páginas admirables o decir con elocuencia; es necesario hacer, y hacer como se escribe o se dice. Es el ejemplo de las grandes vidas—he expresado alguna vez,—de los que lucharon más y mejor, de los que pensaron y sintieron más alto en su afán de mejorarse y mejorar, de los que dejaron huella más honda y perdurable de su paso, el que llega, así, al corazón y a la inteligencia y les pone alas para los grandes vuelos. Son mejores maestros los que educan con el ejemplo de sus vidas dignas, que los que se limitan a adoctrinar con sus palabras. El que hace lo que dice viene a hacer dos veces: en el pensamiento y en la realidad. Valen las palabras; son como armas para el combate; lanzan las ideas al mundo de la vida; pero realizar esas ideas, hacer que cada palabra sea una cosa, un hecho, vale más.

El que esto haga merece ser llamado y considerado maestro, e Ingenieros fué, en este sentido, un maestro.

No faltó su palabra y su acción en los momentos más difíciles, y ante la deserción, el mutismo y aun la traición de tantos intelectuales que, en la tranquilidad de sus librerías, sentíanse revolucionarios o habían proclamado, años antes, la guerra social, Ingenieros no desertó, no calló, no tracionó.

Se mantuvo fiel, en lo fundamental de su pensamiento, a las ideas y a los ideales que abrazara en su juventud, al incorporarse al partido de los trabajadores.

Los problemas de la cultura popular y de la llamada superior se preocuparon, y él, que había sido profesor, sabía bien cuán urgente es levantar el nivel cultural de las clases productoras y acercar la universidad al pueblo, para que sea, según la recia expresión de Unamuno, "taller y no bazar de ideas donde se expende una hora de lección al día".

En el Congreso científico de Washington, celebrado en diciembre de 1915, presentó un completo e interesante ensayo que se difundió después con el título "La universidad del porvenir", en el que se contemplan y estudian los fundamentos de la agitación

que, en 1918, culminara en nuestro país y que se conoce por "Reforma universitaria".

Decía Ingenieros en 1915:

"El nuevo ideal se manifiesta como tendencia a aumentar la función social de la cultura, que no debe considerarse como un lujo para entretener ociosos sino como un instrumento capaz de aumentar el bienestar de los hombres sobre el planeta que habitan. Mientras la enseñanza superior fué un monopolio reservado a las clases privilegiadas, se explicaba que las universidades viviesen enclaustradas y ajenas al ritmo de los problemas vitales que mantenían en perpetua inquietud a la sociedad; las ciencias estaban reservadas a pocos especialistas. La cuestión, en nuestros días, tiende a cambiar sustancialmente; las universidades comienzan a preocuparse de los asuntos de más trascendencia social y las ciencias se conciben como instrumentos aplicables al perfeccionamiento de las diversas técnicas necesarias a la vida de los pueblos".

Finalizaba su trabajo con las siguientes palabras:

"Renovar la universidad es un problema de moral y de acción. Las instituciones se tornan inútiles cuando permanecen invariables en un medio social que se renueva. La educación superior no debe mirarse como un privilegio para crear diferencias en favor de pocos elegidos, sino como el instrumento colectivo más apropiado para aumentar la capacidad humana frente a la naturaleza, contribuyendo al bienestar de todos los hombres.

"Las ciencias no son deportes de lujo, sino técnicas de economía social. La filosofía no es un arte de disputar sobre lo que se ignora, sino un proceso de unificación de ideas generales para ensanchar el horizonte de la experiencia humana. La universidad no debe ser un cónclave misterioso de iniciados, sino el organismo representativo de las más altas funciones ideológicas: elaboración de doctrinas, determinación de normas, previsión de ideales. Hará más dignos a los hombres, aumentando su capacidad para la vida civil; hará más justa a la sociedad, multiplicando los vínculos de la solidaridad humana.

"El mundo ha entrado en una era de renovación más importante que el Cristianismo, el Renacimiento y la Revolución Francesa. Sería estéril seguir escuchando a sofistas y escépticos, envenenados por la ideología del pasado; en horas como ésta conviene escuchar a los optimistas y a los creyentes, iluminados por la ideología del porvenir". ("La Universidad del porvenir", edición de "Ateneo", del "Círculo médico argentino y centro de estudiantes de medicina", 1920).

Al amplio y claro programa expuesto por Ingenieros respondieron, en 1918, como dijimos, profesores y estudiantes argentinos y núcleos importantes de ciudadanos y trabajadores que miraron con simpatía esa acción tendiente a democratizar, higienizar y dignificar la enseñanza universitaria del país. Es indudable que se ha progresado a este respecto, a pesar, en muchos casos, del cambio de frente de algunos de los más entusiastas propagandistas de la reforma, que prefirieron una cómoda ubicación a proseguir la obra y a completarla.

El ensayo de Ingenieros ofrece, en la tarea, sugerencias y enseñanzas que tendrán que aprovechar aquellos que, con altura y desinterés, luchan por la Universidad Nueva, por dentro y por fuera, abierta como una esperanza y no tétrica y cerrada como una sepultura.

Ciudadanos: Las páginas de "Los tiempos nuevos"—cuya lectura encarezco a los hombres jóvenes que me escuchan—, vibrantes y valientes, reflejan las hondas preocupaciones de una conciencia libre ante la barbarie de la guerra y el despertar de la revolución. Son, como el mismo Ingenieros expresara, reflexiones optimistas; en las que se exaltan las nuevas fuerzas morales que impulsan al mundo hacia un alto destino de libertad y de justicia.

En septiembre de 1914, pocas semanas después de estallada la guerra, escribía una página admirable, titulada "El suicidio de los bárbaros", en la que afirmaba, con acento digno de Alberdi en: "El crimen de la guerra":

"Una nueva moral entrará a regir los destinos del mundo. Sean cuales fueren las naciones vencedoras, las fuerzas malsanas quedarán aniquiladas. Hasta hoy fué la violencia el cartabón de las hegemonías políticas y económicas; sobre la carroña del imperialismo se impondrá otra moral y los valores éticos se medirán por la justicia. En las horas de total descalabro ésta sola sobrevive, siempre inmortal..."

"Las patrias bárbaras las hicieron soldados y las bautizaron con sangre; las patrias morales las harán los maestros sin más arma que el abecedario. Surja una escuela en vez de cada cuartel, aumentando la capacidad de todos los hombres para la función útil que desempeñen en beneficio común. El mérito y la gloria rodearán a los que sirvan a su pueblo en las artes de la paz; nunca a los que osen llevarlo a la guerra y a la desolación. Hombres jóvenes, pueblos nuevos: saludad el suicidio del mundo feudal, deseando que sea definitiva la catástrofe. Si creéis en alguna divinidad, pedidle que anonade al monstruo cuyos tentáculos han consumido durante siglos las savias mejores de la especie humana".

La guerra ensangrentaba y enlutaba la cuna de la vieja civilización, cuando, en medio del dolor y las tinieblas, allá, en Oriente, un pueblo esclavizado, víctima de una de las dinastías más despóticas, abrió al mundo las puertas de la nueva Historia.

La revolución rusa iniciaba una era de profundas transformaciones sociales, económicas y políticas.

Ingenieros habló, en 1918, de ese movimiento y su palabra serena y lúcida fué, antes que nada, la de un maestro que no se asusta ante la Verdad. Estudió ese grande y decisivo acontecimiento histórico, afirmó que señalaba el advenimiento de la justicia social y significó la necesidad de formar en el seno del pueblo la conciencia de los ideales y las aspiraciones del proletariado. "Y esa conciencia—decía—sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, que son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir".

¡Hermoso gesto el suyo! El miedo no selló sus labios y sus conveniencias personales no le hicieron, como a tantos otros, claudicar de sus propias ideas!

Habló a los trabajadores y a la juventud con palabras que habrá que recordar siempre y que, en aquellos instantes de confusión, de mentiras y de cobardías, revelaron su elevación moral y su firmeza: "Frente al mundo moral, que ha engendrado los horrores bárbaros de la guerra, es necesario cultivar una fe optimista en la fuerza de los ideales nuevos; son ellos los únicos que pueden reconstruir una sociedad más justa sobre los escombros del abominable pasado cuyos resultados contemplamos.

"Sería absurdo escuchar a los oblicuos consejeros que están aprovechando el horror colectivo para predicar un renacimiento místico de viejas supersticiones, como si las llagas del pasado inmediato pudieran curarse con los rancieros ungüentos del pasado remoto.

"La humanidad necesita fe; pero una fe puesta en el futuro, que no le sirva de consuelo sino de esperanza, que la impulse a luchar activamente contra las causas del mal, que sea fuerza renovadora y no regresiva pasividad".

Nada fué indiferente a su generosa inquietud, a su noble y claro espíritu en esa hora histórica del mundo, y su esfuerzo, su inteligencia y su corazón estuvieron al servicio de cuanto significara un paso hacia la luz en medio de tanta sombra y de tanto

dolor. El alma de Ingenieros vibró entera ante la visión de un mundo nuevo que surgía de las ruinas y la desolación de la tragedia, y cuando la voz de France, de Rolland, de Barbusse, se escuchó en estas tierras de América y "Claridad" llamaba a la acción a los hombres libres, fué su cálida y comprensiva palabra de maestro la primera que respondió para decir: "¡Presente!", sin miedo y sin precio.

Los avances del imperialismo sobre los pueblos latino-americanos y el peligro que entraña para la suerte de los mismos, preocuparon a Ingenieros. En el discurso que pronunciara, el 11 de octubre de 1922, en la demostración de los escritores argentinos al pensador mejicano José Vasconcelos, expuso su pensamiento con la nitidez y la valentía que le eran propias, al punto de que todos cuantos, después de él, trataron la cuestión, no han hecho sino repetirlo, algunas veces sin citarlo:

"No somos—dijo— no queremos ser más, no podríamos seguir siendo, panamericanistas. La famosa doctrina de Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea burocracia sin patria y sin moral. En las clases dirigentes del gran Estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto de que el clásico "América para los americanos" no significa ya otra cosa que reserva de "América — nuestra América Latina — para los norteamericanos".

Más adelante, agrega:

"Así nos lo sugiere la reciente política imperialista norteamericana, que ha seguido una trayectoria alarmante para toda la América Latina. Desde la guerra con España se posesionó de Puerto Rico e impuso a la independencia de Cuba la vergonzosa enmienda Platt. No tardó mucho en amputar a Colombia el istmo que le permitía unir por Panamá sus costas del Atlántico y del Pacífico. Intervino luego en Nicaragua para asegurar la posible vía del otro canal interoceánico. Atentó contra la soberanía de México, con la infeliz aventura de Veracruz. Se posesionó militarmente de Haití, con pretextos pueriles. Poco después realizó la ocupación vergonzosa de Santo Domingo, alegando el habitual pretexto de pacificar el país y arreglar sus finanzas.

"Desde ese momento la locura del partido imperialista parece desatarse. La ingerencia norteamericana en la política de México, Cuba y Centro América, tórnase descarada. Quiere ejercitar el derecho de intervención y lo aplica de hecho, unas veces corrompiendo a los políticos con el oro de los empréstitos, otras injuriando a los pueblos con el impudor de las expediciones militares".

Y precisa aún más su opinión en estos términos lapidarios e irrefutables, confirmados, desgraciadamente, por hechos posteriores tan graves y brutales como los que señala el orador:

El peligro no comienza en la anexión, como en Puerto Rico, ni en la intervención como en Cuba, ni en el pupilaje, como en Nicaragua, ni en la secesión territorial, como en Colombia, ni en la ocupación armada, como en Haití, ni en la compra, como en las Guayanas. El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos destinados a renovarse y aumentar sin cesar, en condiciones

cada vez más deprimentes para la soberanía de los aceptantes. El apóstol cubano José Martí advirtió hace tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea un puente hacia la servidumbre.

“¿No dijo Wilson, para conquistar nuestras simpatías, durante la guerra, que respetaría el derecho de las pequeñas nacionalidades y que todos los pueblos serían libres de darse el gobierno que mejor les pareciera? ¿Dónde están sus principios? ¿Cómo los ha aplicado su propio país? ¿En Cuba, interviniendo en su política? ¿En México, desconociendo al gobierno que los mexicanos creen mejor? ¿En Santo Domingo, sustituyendo el gobierno propio por comisionados militares y ofreciendo retirarse de la isla a condición de imponer antes tratados indecorosos? ¿Y dónde irá a parar nuestra independencia nacional — la de todos — si cada nuevo empréstito contiene cláusulas que aumentan el control financiero y político del prestamista? Sabemos que en los últimos años la filtración norteamericana se hace sentir con intensidad creciente en todos los engranajes políticos, económicos y sociales de la América del Sud.

“¿Dudaremos todavía? ¿Seguiremos creyendo ingenuamente, que la ambición imperialista terminará en Panamá? Ciegos seríamos si no advirtiéramos que los países del Sur estamos en la primera fase de la conquista, tal como antes se produjo en los países del Norte, que sienten el talón de la segunda”.

Ese discurso memorable es una incitación a la lucha, un alerta a los trabajadores y a los jóvenes de América, a quienes siguió hablando Ingenieros desde las columnas de “Renovación”, que contribuyó al nacimiento de la “Unión Latino-Americana”, entidad fundada en marzo de 1925, y cuya finalidad y propósitos se definen así en uno de sus artículos:

“En el orden internacional propiciamos la Unión Latino-Americana, viendo en ella la única defensa posible de nuestras respectivas soberanías nacionales contra los peligros comunes con que las amenazan los imperialismos extranjeros. Y de todos esos peligros, lo declaramos sin ambages, el más inmediato en la hora actual está representado por los Estados Unidos. Toda discordia, toda rivalidad entre los pueblos latino-americanos, es, hoy por hoy, una arma puesta en manos del enemigo común, dispuesto siempre a “intervenir” para pacificarnos. Somos, pues, nacionalistas en el sentido más alto de la palabra en cuanto anhelamos la federación de nuestros pueblos en una entidad capaz de resistir a cualquier amenaza de los imperialismos extranjeros.

“En el orden nacional sostenemos la urgente necesidad de reorganizar todos los pueblos de la América Latina, pues en cada uno de ellos reconocemos la existencia de vicios políticos, administrativos, sociales y éticos, cuya persistencia nos dejaría a merced de poderosos enemigos. El caudillismo, las deudas públicas, las injusticias de clase y la inmoralidad de la burocracia, son males que es necesario extirpar, bajo pena de perder la nacionalidad misma. Mejorarlos o sucumbir: tal es el dilema”.

Ciudadanos:

Esta es, a grandes rasgos, la intensa acción social del hombre de cuya muerte se cumple hoy el segundo aniversario.

Su obra de publicista y de animador y propagandista de los nuevos ideales era conocida y apreciada en todo su valor, y el prestigio de que gozaba ha sido pocas veces superado por ningún escritor de América. Considerábasele un esforzado paladín de la ciencia y de la libertad, y cada uno de sus libros era leído por millares y millares de obreros y estudiantes. En muchos países americanos, su influencia espiritual era inmensa y poderosa, y en Europa seguía su obra con vivo y creciente interés.

Con la “Revista de Filosofía” y su magnífica colección de “La

"Cultura Argentina", él ofreció el material indispensable para la jornada a cumplir. Y estuvo atento, como un vigía, a las más nobles y elevadas aspiraciones del pueblo.

La biblioteca que, con su nombre, inaugurará este Centro de Estudiantes ha de brindar a propios y extraños el tesoro de sus libros y yo pediré que se abra, para no cerrarlo nunca, ese brevuario de la juventud que es "Las fuerzas morales", en esta página:

"Quien ha concebido un arquetipo de verdad o de belleza, de virtud o de justicia, sólo puede acercársele resistiendo mil asechanzas que le desvían. La vida ascendente exige una vigilancia de todas las horas; el favor y la intriga conspiran contra la dignidad de la juventud, apartándola de sus ideales mediante fáciles prebendas. Toda concesión, en el orden moral, produce una invalidez; todo renunciamiento es un suicidio.

"Averguízate, joven, de torcer tu camino cediendo a tentaciones indignas. Si eres artesano evita enlodazarte recibiendo cosa alguna que no sea compensación de tus méritos; si eres poeta, no manches la túnica de tu musa cantando en la mesa donde se embriagan los cortesanos; si eres sembrador, no pidas la protección de ningún amo y espera la espiga lustrosa que al encantamiento de tus manos rompe el vientre de la tierra; si eres sabio, no mientas; si eres maestro, no engañes. Pensador o filósofo, no tuerzas tu doctrina ante los poderosos que la pagarían sobradamente; por tu propia grandeza debes medir tu responsabilidad y ante la estirpe entera tendrás que rendir cuenta de tus palabras.—Sea cual fuere tu habitual menester,—hormiga, ruiseñor o león,—trabaja, canta o ruge con entereza y sin desvío: vibre en tí una partícula de tu pueblo.

"No imites al siervo que se envilece para aumentar la ración de su escudilla. Desprecia al corruptor y comradece al corrompido. Desafía, si es necesario, el encono y la maledicencia de ambos, pues nunca podrán afectar lo más seguramente tuyo de ti: tu personalidad. Ninguna turba de domésticos puede torcer a un hombre libre. Es como si una piara diese en gruñir contra el chorro de una fuente dulce y fresca: el agua seguiría brotando sin oír y, al fin, los mismos gruñientes acabarían por abrevarse en ella.

"Algo necesita cada hombre de los demás: respeto. Debe conquistarlo con su conducta. No es respetable el que obra contra el sentir de la propia conciencia; todos respetan al que sabe jugar su destino sobre la carta única de su dignidad".

Bella y profunda página que encierra el mejor elogio del pensador, del ciudadano y del hombre íntegro a quien recordamos esta tarde y traza una norma a la que deben ajustar su conducta moral aquellos que quieran elevarse a la dignidad de seres libres y luchar por el advenimiento del mundo nuevo.

Como Ameghino, Almafuerde, Agustín Alvarez, siguiendo la trayectoria iniciada por los fundadores de la nacionalidad, magistralmente estudiada en "La evolución de las ideas argentinas", Ingenieros nos señala el camino a seguir.

¡Marchemos por él, ciudadanos, por el amplio camino sin fin de la libertad, de la justicia social y de la solidaridad humana, guiados por la ciencia y el trabajo!